

CUTUCHUNPLÁS
Por Esti

Cutunchunplás.

Es el sonido que hizo mi cuerpo al caer en el frío suelo de Manhattan.

Solía ser un reportero de un periódico menor que intentaba ganarse algo de renombre en la ciudad. Como si no hubiera ya suficiente periódico suelto, con sus mentiras, su amarillismo y sus buitres dando vueltas por la ciudad en busca de una tragedia de la cual sacar provecho y unas víctimas a las cuáles chuparles la sangre, todo con tal de ganar un sucio puñado de dólares.

No me gustaba mi trabajo, lo hacía como un favor para el director del periódico, un viejo amigo del instituto. Decía que nadie quería trabajar para él, no podría señalar la razón exacta de ello, y no por falta de candidatas, eso es seguro. Quizás el fraude por el cual fue imputado años atrás tenga algo que ver, o quizás porque su anterior empresa, una pequeña fábrica de zapatos, fue cerrada tras descubrirse que zapatos no era lo único que se fabricaba allí.

Además, necesitaba el dinero.

Todo marchaba bien, o al menos todo lo bien que puede marchar en un periódico, ve a cubrir tal accidente, hazle fotos a tal víctima de agresión, espía a tal famoso, nada fuera de lo común.

No podía imaginarme que el menos escabroso de mis trabajos sería el que me metiese en problemas.

El trabajo era simple, en un complejo de oficinas se inició un fuego sin aviso y sin causa aparente que devastó el interior del edificio, llevándose consigo todo el material de oficina, pero ninguna vida.

Muchos medios ya habían cubierto la noticia antes incluso de que mi jefe me encargara ir a visitarlo. Entrar, tomar algunas fotos del interior dignas de la primera plana y trabajo terminado. Una vez la tarea fue comandada marché feliz, la noticia en sí no era algo por lo que alegrarse, pero el hecho de no tener que esconderme de guardias de seguridad, tratar con madres con el corazón roto tras la pérdida reciente de un vástago y cosas por el estilo se me hacía más que apetecible.

Cuando llegué a la escena todo estaba en silencio, el exterior del edificio no daba casi signo visible del incendio, sólo un par de ventanas rotas con los bordes ennegrecidos. Me acerqué al complejo de oficinas y nadie detuvo mi paso, ningún guardia, ningún policía, nadie.

Me pareció extraño, aunque confortable al mismo tiempo. Me dirigí a la puerta y la abrí con cuidado, quién sabe si se te puede caer algo encima con solo tocarlo en un edificio quemado.

Al momento de entrar, la escena que presenciaba ante mis ojos solo podía

describirse con una palabra: cenizas. Montones de ellas, por todas partes. No esperaba algo distinto, era justo lo que mi jefe quería ver y lo que yo había ido a fotografiar, devastación.

Tomé mi cámara y empecé a fotografiar distintas partes de la habitación, para luego pasar a las colindantes. Mirara por donde mirara era todo lo mismo, poco quedaba de las oficinas que antes ocupaban el espacio que trozos de madera quemada, cristales y equipo destruido ahora habitan. Pero algo no encajaba, algo no estaba bien en un lugar donde nada estaba bien. Un poster.

Un poster sin quemar, un poster intacto, con el dibujo de un barco de una tira cómica de un periódico rival, SS. Stinky, colgado en una pared de un cuarto de fregonas al cual estaba claro que había llegado el fuego. Todo estaba negro como el carbón y el olor a quemado era igual de insoportable que en las demás salas del edificio.

La curiosidad me pudo, ahora desearía haber dejado ese poster tranquilo, haber hecho las fotos que me faltaban y haberme ido a mi casa a cenar cualquier mierda que tuviese en la nevera, pero no.

Al quitar el poster se desveló una puerta corredera y tras ella unas escaleras que bajaban a un pasillo oscuro, una suerte que siempre lleve encima un encendedor. Caminé por el estrecho y húmedo pasillo durante minutos hasta que logré atisbar en la lejanía una puerta de madera, anduve hasta ella con prisas, cualquier cosa que me esperase al otro lado de esa puerta tenía que ser mejor que la oscuridad y la opresión húmeda del pasillo, o al menos eso creía en el momento.



Llegué hasta la puerta y la abrí con ansia, como suponía lo que me esperaba al otro lado no era para nada tan agobiante como aquel pasillo, era una habitación con nada fuera de lo ordinario, un par de plantas a los lados, unos cuadros en las paredes y una puerta a la izquierda que decidí abrir tras inspeccionar los alrededores.

La puerta daba directamente a unas largas escaleras dirigidas a un piso superior, por lo que veía por las ventanas situadas al lado derecho de las escaleras me encontraba bastante lejos del edificio quemado, por el tamaño de aquel túnel del

terror este hecho no me sorprendía.

No me esperaba en absoluto lo que me aguardaba al otro lado de esa puerta, sabía que tenía que correr para no meterme en problemas, pero la visión de tan surrealista escena me dejó perplejo y completamente congelado en el sitio.

Trabajadores, unos 40 ó 50, llenando peces con bolsas de lo que estaba totalmente seguro que era droga. La escena me dejó tan patidifuso que le dio tiempo más que necesario a los guardias del lugar a darse cuenta de mi presencia e ir a mi captura. Por suerte no era novato en este tipo de situaciones y logré recuperar la conciencia lo suficientemente rápido para correr, pero no con suficiente eficiencia como para saber hacia dónde, sin saber muy bien cómo llegué a una sala con una gran cristalera y un tipo con pinta de ejecutivo mirando hacia ella, mi presencia no parecía haberle perturbado ni lo más mínimo.

- Otro periodista con ganas de probar su suerte, supongo.

- Le aseguro que no era su fábrica lo que venía buscando y que mis labios están más que sellados. Mientras que hablaba el ejecutivo lograba ganar terreno con cada paso que daba, alejándome de la puerta con una sola zancada y acercándome inevitablemente al ventanal.

- Poco importa eso ahora, ha visto demasiado. No demoraré más lo inevitable con discursos estúpidos, si no le importa.

El ejecutivo mete su mano en el interior de su chaqueta para sacar el arma de elección para acabar con mi vida y, antes de que pueda reprochar, veo lo que mi cerebro lleno de adrenalina cree identificar como una cría de pez remo.

Sin más dilación el ejecutivo me golpea con la extraña arma mortal en la cara, lanzándome por el ventanal de camino al frío suelo de Manhattan.





Dibujos por Cleefhanger.com
Historia de Esti.